



Gaspar
Hernández La mujer
que no sabía llorar

La mujer que no sabía llorar

Gaspar
Hernández

Traducción de Olga García Arrabal

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1428

Título original: *La dona que no sabia plorar*

© Gaspar Hernández Burgos, 2018

© de la traducción del catalán: Olga García Arrabal, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2018

ISBN: 978-84-233-5349-1

Depósito legal: B. 6.324-2018

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Ahora tengo zonas de sombra, como todo el mundo, pero cuando era un adolescente me consideraba un buen chico, sin fisuras. Mi único objetivo en la vida, además de escribir, era ser una buena persona. Era un propósito, supongo, fruto de mi educación en colegios de curas. Durante mi infancia, ser un buen muchacho quería decir confesarme una vez por semana, aunque tuviera que inventarme los pecados, ya que nunca rompía un plato, o casi nunca. Quería decir no levantar nunca la voz y alimentar un personaje que, para ser aceptado, siempre sonreía y decía que sí a todo el mundo. Hablaba con un tono de voz bajo, para no molestar. Y miraba a las chicas de reojo, por vergüenza y pudor. «Qui no carda a Olot no carda enlloc»,* decía una célebre cita. Pero yo había es-

* «Quien no folla en Olot no folla en ningún sitio», en castellano. (N. de la t.)

tudiado allí toda la vida y había llegado a los diecisiete años sin ninguna experiencia en la cama.

Todo cambió cuando empecé a trabajar como becario en un periódico de comarcas. Conocí allí a una sexóloga, que llamaré Daniela Costa-Pau. Era mucho mayor que yo, y una de las primeras sexólogas catalanas en una época en que el sexo se consideraba un tabú. Todavía no entiendo por qué se encaprichó conmigo, un chico inexperto que no le llegaba a la suela del zapato. El caso es que, quién lo iba a decir, acabamos siendo amantes. Y, pese a mi escasa habilidad, siempre albergué la esperanza de que algún día podría escribir su historia y, de paso, rendirle un pequeño homenaje. Porque ayudó a muchas mujeres. Porque hizo que vivieran el sexo sin prejuicios, siguiendo su instinto, tal y como tradicionalmente habían hecho los hombres —y como hacía ella—. A sus pacientes les repetía un verso que había aprendido de la psiquiatra feminista Jean Shinoda Bolen: «¿Qué piensas hacer con tu salvaje, preciosa, única vida?». Puedo dar fe de que Daniela Costa-Pau era una persona salvaje, en el sentido de liberada.

«La sexóloga», como la llamaban en el periódico en el que yo estaba becado, había trabajado en el pasado en el hospital Josep Trueta de Girona, donde había tratado a pacientes con disfunciones.

Unos pacientes que antes habían acudido al ginecólogo o al urólogo, mujeres que sufrían anorgasmia o dificultades en la lubricación, u hombres con disfunción eréctil o eyaculación precoz. Pero como ella no podía ocuparse en el hospital de aquello que más le interesaba, el «placer por el placer», muy pronto comenzó a dar unas charlas en la Casa de Cultura de Girona que sí le permitían dejarse llevar. Las mujeres de la ciudad debían saber que podían llevar una vida sexual plenamente satisfactoria. Ahora bien, ¿qué quería decir «llevar una vida sexual satisfactoria»? ¿Hasta qué punto significaba dar placer y hasta qué punto, recibirlo? ¿Quería decir hacer el amor una vez por semana o una vez al día? Pocas mujeres se atrevían a plantearse la posibilidad de hacer el amor todos los días, ellas mismas se censuraban: hacerlo tan a menudo era indecente. Era necesario disipar malentendidos como ese. Y las charlas los estaban disipando. Al principio, solo acudían tres o cuatro mujeres, pero un día, en un pleno del Ayuntamiento de Girona, un concejal de derechas afirmó que esas «conferencias» eran un punto de encuentro de «gente sin moral», y que si por él fuera las prohibiría.

Y aunque el alcalde, Joaquim Nadal, le había quitado hierro al asunto y argumentado que se impartían «a título informativo», el episodio provocó un aumento considerable del público asis-

tente y, de rebote, el número de pacientes de la doctora Costa-Pau. Fue entonces cuando dejó el hospital Josep Trueta y abrió su propia consulta en el Barrio Viejo. Y fue también entonces cuando el periódico donde yo trabajaba, *El Punt*, la fichó para escribir artículos.

Nunca hubiese imaginado que yo sería el encargado de editar los artículos. «De corregirlos», puntualizaba ella. Yo estaba en la sección de opinión, y mi trabajo consistía precisamente en eso: acortar artículos, ponerles título y dejarlos listos para maquetar. Por las mañanas estudiaba COU en los Maristas de Girona, y por las tardes iba a la redacción de la calle Figuerola. El redactor jefe de *El Punt* debió verme cara de buen chico, o de muchacho desesperado por colaborar en el periódico, porque me había concedido la beca un año antes de que yo entrara en la facultad, en la Universidad de Girona. Y me había hecho un hueco en una sección dejada de la mano de Dios, una sección sin adrenalina ni teletipos de última hora en que tan solo éramos dos, el escritor Miquel Pairoli y un servidor. Él era la cabeza y yo los pies, él escribía los editoriales y también decidía qué artículos eran de «rabiosa» actualidad (el adjetivo era de su admirado Josep Pla), y yo me dedicaba a las tareas de edición, un trabajo gris y monótono, pero

que a mí me convenía. Aunque no tenía claro si a la larga quería ser periodista o escritor, sí que sabía que quería escribir, y trabajar en la sección de opinión me permitía aprender de un escritor de la talla de Pairoli. No creo que sea exagerado afirmar que era el hombre que más pensaba de todo el periódico. Recuerdo de él que siempre parecía estar en las nubes, la mirada entre irónica y ausente, sus grandes ojos abiertos de par en par. De su cuerpo parecía desprenderse algo hierático, voluntariamente parsimonioso. Hacíamos buena pareja, parecíamos dos monjes a los cuales les era indiferente la vitalidad expansiva del periodismo cotidiano. Lo único que alteraba nuestra rutina era la visita semanal de la articulista más osada y excéntrica. En aquella época, la figura de la sexóloga era poco habitual. ¿Qué hacían las sexólogas? ¿Enseñaban teoría o práctica? Eso sí es que enseñaban algo, claro. En Televisión Española acababan de comenzar a emitir el primer programa sobre esa temática, *Hablemos de sexo*, que presentaba Elena Ochoa, y a partir de aquel espacio muchos descubrimos que sí, que, aunque pareciera mentira, existía la profesión de sexóloga. Y, mira por dónde, cada semana venía una al periódico, y era precisamente yo quien tenía que hablar con ella. Daniela Costa-Pau podía habernos hecho llegar el artículo a través del fax, o de una tecnología aún más avanzada, el módem, pero prefería lle-

varlo en mano a la redacción, en un disquete. La recuerdo cuando llegaba cada viernes. Era una mujer que debía tener poco más de treinta años, pero parecía más mayor y madura. Alta, delgada, elegante, de facciones angulosas y de una belleza huesuda. Su mandíbula cuadrada denotaba resolución y obstinación. Toda ella poseía un punto andrógino; seguramente contribuía a ello el hecho de que llevara el pelo corto. A primera vista era fría y desdeñosa: yo suponía que ese era su modo de marcar distancias con los muchos hombres que probablemente le tiraban los tejos. No obstante, podía ser amable. Al menos conmigo lo era mientras le editaba los artículos. Recuerdo que se sentaba a mi lado, ambos delante de la pantalla del ordenador, y que sus dedos solían tamborilear suavemente sobre la mesa. Yo ponía todo mi empeño en no dejarme intimidar, ni por ella ni por las miradas impúdicas de los redactores masculinos que parecían mariposear a nuestro alrededor.

Y mientras pulía aquellos textos, sobre todo acerca de juguetes eróticos, desde las bolas chinas hasta los consoladores (que, según la sexóloga, los hombres percibían como una competencia); mientras ordenaba sus textos sobre fantasías sexuales, que a menudo transcurrían en ascensores, donde la mujer siempre era sometida por un hombre atractivo, a pesar de que ella puntualizaba que eran diferentes la fantasía y la realidad, ya que en la fan-

tasía la mujer controlaba la situación (en cualquier caso, el propósito de la sexóloga era transmitir a las mujeres que no tenían que sentirse culpables por sus fantaseos); mientras ajustaba unos artículos que ejercían en mí el efecto de un excitante, uno subrepticio que ascendía gradualmente por mi cuerpo, me repetía una y otra vez: «Atiende al trabajo. No hagas chistes fáciles. No te excites. No te distraigas. Reúne la concentración necesaria. Sé un profesional y, sobre todo, sé un buen chico». Y supongo que fue aquel comportamiento lo que hizo que me ganara su respeto.

Una noche me propuso ir a un bar, a «tomar algo». Aquella tarde habíamos tardado más de lo habitual en editar el artículo, nos habíamos quedado solos en la redacción. Pensé que quería que charlásemos, en un ambiente distendido, sobre sus textos. Tal vez quería que yo le diese una opinión general sobre ellos. Sus artículos eran los más leídos del periódico, y había lectores que los recortaban y coleccionaban, lo mismo que seguramente hacían con las fotos del *Interviú* o del *Playboy*. No, ella no quería mi opinión, ya que en cuanto llegamos al Nummulit, un bar que estaba de moda, después de pedir dos cervezas y decirme palabras que ya no recuerdo (fue una especie de introducción, para romper el hielo), me soltó que yo le hacía «gracia».

Recuerdo que el Nummulit estaba lleno a rebosar, que la decoración era metálica, la luz ártica, y sobre todo recuerdo que yo no conseguía hacerme a la idea. Pensé entonces lo que después, durante toda mi vida, he pensado siempre que le he gustado a una mujer: «Aquí tiene que haber un malentendido». La sexóloga debió ver en mí atributos que yo no tenía.

Me dijo que le hacía gracia que en la redacción me sonrojara mientras le corregía los artículos. También le hacía gracia que yo me esforzara en reprimir o disimular aquel rubor. Y, para terminar, le hacía gracia que frunciera el ceño cuando me molestaba el ruido, porque aquello demostraba, según ella, que no estaba hecho para trabajar en una redacción tan bulliciosa.

—En resumen: eres un chico muy sensible, y eso es en realidad lo que me hace gracia de ti, que tu sensibilidad sea extrema. No sé si te lo han dicho alguna vez, pero eres lo que se denomina una PAS, una «persona altamente sensible».

No, nunca me lo habían dicho, y no sabía de qué me estaba hablando la sexóloga. ¿Una PAS? Aquello formaba parte de una categoría o grupo que se escapaba a mi entendimiento. Como no sabía qué responderle, le di las gracias por la información.

—Gracias, Daniela. Eres muy amable.

—¿Siempre eres tan educado?

Me miraba fijamente, con unos ojos fríos y huérfanos de humor, una mirada que yo no sabía cómo interpretar. De hecho, todo lo que acababa de decirme, tampoco sabía muy bien cómo entenderlo, porque me lo había dicho muy seria, con un tono de voz neutro, como si me hubiese hablado de uno de los informes judiciales que publicábamos en el periódico en la sección de sucesos. Puede que la sexóloga no quisiera parecer sentimental, tal vez le gustaba desnudar sus palabras de cualquier connotación romántica. Fuera por lo que fuese, yo había notado fría a la sexóloga. Fría y metálica, como la decoración del Nummulit. Esa noche se había maquillado alrededor de los ojos con una ligera sombra oscura que producía un contraste sorprendente con el azul del iris. Un azul entre pálido y grisáceo que yo solo había visto en la mirada de algunos gatos. Vestía un traje negro que compensaba con un pañuelo llamativo, amarillo, que destilaba cierta rebeldía.

No recuerdo con exactitud el resto de la conversación. Sé que le acabé dando la razón, no porque fuera «altamente sensible»; aquello me pareció una exageración. Pero puede que fuese cierto que no estaba hecho para trabajar en una redacción tan bulliciosa, porque el ruido me turbaba. De hecho, me iba bien tener la beca en una sección como la de opinión, situada en un rincón de la redacción: así no tenía que oír el alboroto de los

compañeros. En aquella época compartía un piso en la Devesa con dos estudiantes, y no soportaba las fiestas que organizaban, el estrépito de las carcajadas y las palabras hasta bien entrada la madrugada.

No recuerdo el resto de la conversación, pero sí conservo en la memoria que en cierto momento ella dejó la cerveza sobre la barra, arrimó su cuerpo al mío y me besó. A los pocos minutos ya íbamos hacia su consulta.

—Tenemos que terminar lo que hemos empezado —dijo.

Yo no me creía lo que me estaba pasando, el golpe de suerte totalmente inverosímil que había tenido. Aquella mujer de bandera se me ofrecía, a mí, tan solo porque yo era «altamente sensible» y le hacía «gracia». Sí, tenía que haber un malentendido.

Su consulta, en el número 2 de la Pujada de Sant Domènec, era un piso recién reformado y disponía de dos espacios generosos, más o menos diáfanos. Uno, la habitación de entrada, de color tostado, ejercía de recepción. El otro, su despacho, tenía un escritorio de madera y un sofá de color burdeos que en realidad era un sofá cama. Había pocos muebles, si bien eran modernos y caros. La única excentricidad en aquella decoración más bien austera y clásica era una vitrina con consoladores muy grandes. Había al menos una docena,

de tamaños irreales. Vibradores curvos, ofrecidos al mundo del deseo como si fuesen frutas tropicales. Solo les pude echar un vistazo, porque la sexóloga enseguida me hizo pasar al despacho y me desnudó, sobre el sofá cama. Me encontró un poco de pelusa en el ombligo, por la camiseta de algodón. El detalle le pareció «entrañable».

Yo estaba muy nervioso. El problema, lo veía venir, era que difícilmente estaría a su altura. Hasta entonces no había tenido ninguna experiencia sexual, a causa de mi timidez. Me habían gustado bastantes chicas, era enamorado, pero no había pasado de los besos y los magreos con Berta, una medio novia que me había echado. Cabe decir que el contexto en el que crecí ayudaba: la sociedad olotina de la época era conservadora en extremo. Las farmacias se negaban a vender preservativos argumentando razones morales. Hacía poco se había desatado un escándalo protagonizado por un profesor del instituto de formación profesional que había repartido dos mil condones entre los alumnos. En Olot, con tantas fábricas de santos, esas cosas no se hacían. Ese era el ambiente en el que había crecido. Encima había estudiado la EGB y el bachillerato en los Escolapios y en los Maristas. Era tan sensato que algunos profesores me decían que de mayor podría ser un buen cura. Por todo ello, no estaba ni por asomo preparado para salir airoso, en la cama, con toda una experta.

La noche fue un fracaso (o al menos eso pensé entonces). Al principio hice lo que había leído en sus artículos, es decir, me dediqué a los «preliminares». Le acaricié el cuerpo, un cuerpo atlético, de una perfección casi matemática: alto, delgado, musculoso, sin nada de grasa. Me entretuve en los pezones, le chupé las areolas oscuras, vagamente leguminosas. Pero supongo que fui demasiado lento, abstracto, porque me soltó:

—¿Quieres hacer el favor de dejar de comportarte como un pan sin sal?

A partir de entonces, ella se adueñó de la situación y yo no daba abasto. Me hizo hacer un montón de posturas y me volvió del derecho y del revés, como si fuera un filete, vuelta y vuelta. Yo me aturullé, porque no sabía cómo actuar, pero supongo que disimulé. El verdadero problema llegó luego, cuando ella empezó a gritar. Supongo que quería demostrar que se lo estaba pasando muy bien, y su manera de hacerlo era chillando con todas sus fuerzas. Aunque no fingía el placer, lo dramatizaba. Y los gritos siempre hacían que me encerrara en mí mismo. En el periódico no solo arrugaba el entrecejo cuando me molestaba el ruido; tampoco me unía a la alegría colectiva cuando un compañero lograba una exclusiva, y creo que se debía a los gritos de euforia. Pairolí me había dicho que no debíamos ser enfáticos, ni en la literatura ni en la vida. Y ahí tenía a la sexóloga, chi-

llando a pleno pulmón. Yo no estaba acostumbrado a aquellos aullidos. No pude evitar el quedarme paralizado.

Me bloqueé tanto que le tapé la boca con la mano. Fue una reacción absolutamente instintiva, aunque un segundo después pensé: «A lo mejor le gusta. Puede que ahora ya no esté siendo un “pan sin sal”». Me equivocaba. Se puso furiosa. Arrugó la frente para retarme (como queriendo decir: «¿Quién te has creído que eres?») y luego me pegó un mordisco en los dedos.

—A mí ningún hombre me tapa la boca. ¿Lo entiendes?

Estuve a punto de vestirme y largarme. Estaba claro que la noche había sido un fracaso, y que yo era incapaz de hacer el amor con una mujer aguerrida. Pero, de repente, se puso a horcajadas sobre mi cara. Su sexo desprendía un olor oscuro, intenso, a fruto de mar con ligeras trazas de gamba fresca. No tardó mucho en llegar al orgasmo, que ella prolongó: siendo una experta como era, seguramente podía alargar el placer a conciencia. Le daba mucha importancia a su orgasmo, y aquello me llamó la atención: en sus artículos decía que el acto sexual no podía girar solamente alrededor del clímax. Y, en cambio, ella se recreó durante bastante rato. Pensé: «Al menos le has provocado un orgasmo. No, los hombres no los provocamos —ya deberías saberlo. ¡Qué vana presunción!—.

Los hombres no somos más que un medio. Como uno de los consoladores que tiene en la vitrina». Hubo un último detalle que se me quedó grabado de aquella noche inaugural: cuando terminó, después del jadeo final, se llevó las manos a la cara. Fue como si quisiera proteger una parte de su intimidad. Me dio la sensación de que gimoteaba, de que lloraba.

Estuve a punto de ofrecerle un pañuelo, pero no me atreví. Aquellos segundos, tal vez minutos, se me hicieron eternos. Ella continuó con su postura de recogimiento, abrazándose los hombros, y yo no sabía qué hacer ni qué decirle. Solo sabía que me sentía culpable: si estaba llorando, con toda seguridad se debía a mi falta de destreza. Debí de darme cuenta de que había cometido un error al enrollarse conmigo.

Se fue al baño y, cuando regresó, ya estaba vestida y lista para marcharse. Lo único que murmuró fue que tenía prisa, que debía ir a buscar el coche al parking y que aún tenía que conducir un rato (deduje que viviría a las afueras de Girona). Bajamos la escalera y nos despedimos una vez que llegamos a la calle. La Pujada de Sant Domènec estaba sucia y revuelta después de una noche de viernes etílica, apestaba a orines y había latas de cerveza tiradas por el suelo. No me dio ni un beso de despedida. Seguramente no quería que nos viera nadie, para no dar pie a cotilleos.

La noche tuvo un epílogo o colofón el lunes, cuando volví al periódico. Obviamente, no pensaba decir nada a nadie, en primer lugar por respeto a su privacidad, y en segundo lugar porque habría tenido que explicar que había hecho un triste papel: muy probablemente la noche había terminado con ella llorando, arrepintiéndose de haberse enrollado conmigo. No, no quería hablar con nadie de esa noche. Pero acabé haciéndolo con Pairolí. No tuve más remedio, fue él quien sacó el tema en cuanto llegué a la redacción. Me guiñó un ojo y, con un tono de voz socarrón, me dijo:

—El viernes os vi en el Nummulit.

No *te* vi, sino *os* vi. Me quedé lívido. Ni se me había pasado por la cabeza que en el Nummulit pudiera haber algún redactor del periódico, pese a que tenía que haberme acordado de que ese era el bar favorito de los periodistas gerundenses. De todas maneras, pensé, tal vez Pairolí nos había visto de refilón. Puede que hubiese entrado un momento y, al ver que había tanta gente, se marchase enseguida. Me equivocaba. Añadió, con su voz sibilina, serpenteante, como si hablase entre dientes:

—Enhorabuena por el beso.

Me observaba con esa expresión irónica suya. Hasta entonces no habíamos hablado de nuestra vida íntima. Habíamos charlado sobre música, del festival de Peralada, que él no se perdía por nada

del mundo, y, sobre todo, habíamos conversado sobre literatura. Hacía poco que él había publicado un dietario, *Paisaje con llamas*, y en mi ejemplar me había puesto una dedicatoria muy generosa, como futuro escritor. También habíamos hablado de los articulistas que nos sacaban de quicio, ellos y sus quejas cuando les tocabas una coma. Pero nunca habíamos tratado de nuestra vida íntima, y ahora me sentía muy raro manteniendo tal conversación.

—Estabas un pelín nervioso, ¿verdad? No te preocupes. Bueno, en cualquier caso, no te felicito por el beso, sino por el hecho de haberlo conseguido. Muchos hombres habrían querido estar en tu lugar. ¡Quién lo iba a decir! Yo habría puesto la mano en el fuego a que eras virgen.

Me ruboricé. En efecto, yo era virgen hasta entonces, y muchos hombres habrían querido estar en mi lugar. Retrospectivamente, verían la noche con la sexóloga como una conquista. A menudo tenía la sensación de que los hombres solo querían poder pavonearse ante otros hombres.

Pairolí siguió hablando, y lo hizo con una vehemencia que me sorprendió.

—Supongo que estás muy ilusionado con Daniela. Es lógico. Pero tengo que decirte una cosa, y lamento ser un aguafiestas. Creo que, si te lo digo ahora, te ahorraré mucho sufrimiento. Debes saber que puedes salir mal parado.

—Puedo salir mal parado —repetí.

—Ándate con mucho cuidado. Ahora que aún no es demasiado tarde, es mejor que mantengas las distancias con Daniela.

Me quedé atónito. No supe qué responder, musité un «gracias» y zanjamos la conversación en ese punto.

Me volví hacia el ordenador y comencé a trabajar, o a aparentar que trabajaba, mientras no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de oír. ¿Lo había entendido bien? ¿Mi jefe de sección me estaba alertando? ¿Me estaba recomendando que mantuviera las distancias con una articulista de su propia sección, como si ella no fuera de fiar? ¿La había contratado Pairolí sabiendo que no era de fiar?

Bueno, lo importante de los articulistas era que escribiesen artículos interesantes, no que fuesen de fiar en el ámbito personal. No, no podía ser que Pairolí hubiese querido decir eso; yo debí de entenderlo mal. Lo que seguramente había querido decir era que no me enamorase de Daniela Costa-Pau. Seguramente yo era un capricho para ella, un capricho pasajero, y, si me enamoraba, estaría perdido.